



EL QUE ESCRIBE

Jesús Díez

EL QUE ESCRIBE



Primera edición: septiembre de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Jesús Díez

ISBN: 978-84-18828-84-3

ISBN digital: 978-84-18828-85-0

Depósito legal: M-24571-2020

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

ifo@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Este es el legado del que escribe:
cuentos para Yolanda, Sergio y Marcos*

HISTORIA DE UN BESO

Recordaba ese local de una película muy vieja, en blanco y negro, divertida y triste a la vez, de las que narran la mezquindad y pobreza social del Madrid de los años cincuenta, de hombres y mujeres que no tenían parné para formar una familia. Años tristes y grises.

Recordaba la escena que se desarrollaba en el interior de ese sótano: una pareja entrada en años, novios, solteros, sin un duro, esperando a que el tiempo les devorase, a que se les pasara el arroz, sin una estrategia plausible que les llevara ante el altar y así poder vivir legalmente juntos, en la época más oscura de nuestra historia.

Recordaba la conversación cinematográfica, el sonido musical del piano, las mesas llenas de vino, el ambiente decadente y *nouvelle vague* del humo de los cigarrillos, los arrullos de novios mientras danzaban un *agarrao* (más joven que la pareja protagonista), y la escultura de la cabeza de caballo.

Recordaba la tristeza que me producía ver ese baile de López Vázquez y Mary Carrillo, los actores de *El pisito*, y que no les servía de consuelo. Supuestamente, celebraban un aniversario de su noviazgo, de su eterno

noviazgo, de un noviazgo que aún no se había consumado en el hogar deseado.

Ese local de vinos, situado en una de las calles más estrechas de Madrid, ya lo había disfrutado con mis amigos. Y había bebido de sus jarras, en camaradería juerguista. Las Cuevas de Sésamo era una tasca habitual, un lugar de regocijo juvenil.

Aquella noche mi objetivo era diferente, pues me había citado entre sus mesas con una chica. No tuve otra ocurrencia para esconder mi timidez que la de llevarla a las Cuevas. El alcohol siempre ha sido un atenuante en mis conversaciones con las mujeres. Aunque al proponer el lugar del encuentro me lleve la primera sorpresa de la noche: ella, también, había reído entre aquellas mesas y, también, había visto el film de Luigi Ferrari.

Hacía frío; el invierno se había adelantado y la noche no estaba para muchos paseos, así que quedamos en la esquina de la calle del Príncipe con la plaza de Canalejas y, directamente, nos dirigimos al sótano caliente que, repleto de humo y ruido, acogía a los trasnochadores habituales de esa zona.

Las Cuevas de Sésamo es un lugar peculiar. Creí ver a los mismos camareros de la película con su chaqueta corta blanca y su pajarita. Era viernes y el escaso espacio de aquel sótano que nos reunía a muchos estaba a reventar. De pie, mientras esperábamos a que nos ofrecieran una mesa, barrunté el error. La sensación de haber equivocado el sitio para un primer encuentro se hizo presente y, durante más de un minuto, mis ojos temerosos pasearon

por el ambiente repleto y cargado con la esperanza de hallar un hueco libre donde sentarnos.

Los segundos (la espera se me hizo eterna) pasaron rápidamente y el encargado nos acompañó a una mesita con dos taburetes cercana a la cabeza del caballo de la película.

Los choques de voces, vasos y música del local eran una especie de niebla que impedía el paso de las palabras y, por ese motivo, deseché la idea de expresar mis primeros halagos sobre el vestuario de mi acompañante, que vestía una blusa blanca y una falda negra, completando su atuendo con un abrigo largo que dobló cuidadosamente sobre sus rodillas al acomodarnos en nuestros diminutos asientos. El espacio era muy pequeño y los dos tuvimos que acercar nuestras caras para poder escuchar, por encima del bullicio natural de las Cuevas, nuestra conversación.

El vino que pedimos inició la relajación de ambos y nuestro desconocimiento mutuo se evaporó entre el ambiente caótico reinante.

De pronto, sentí como el silencio se hizo a nuestro alrededor: una de sus manos tocó las mías, con confianza, con esa idea de asentar las razones expuestas al interlocutor. Su piel fría buscaba calor, eso lo noté enseguida y esa pequeña aproximación facilitó un pequeño juego de caricias, de dedos entrelazados, de coqueteos, de risas que, poco a poco, nos acercó para quedarse y durar toda la noche.

Pero tenía miedo a precipitarme, a dar un mal paso. A ridiculizarme en medio de aquella gente. A provocar

una situación incómoda que me dejara allí sentado con un zurito de vino sin consumir. Si hubiera ocurrido, si hubiera metido la pata y la chavala se hubiera marchado, me habría quedado en las Cuevas y no sólo hubiera consumido una jarra. Habrían sido unas cuantas más.

Noté que ella era más valiente o, también, que el alcohol la envalentonaba. Sus mejillas encarnadas brillaban de una manera tan especial que remarcaban las pecas de su cara, como si hubiera estado tomando el sol en aquel momento, en ese mismo lugar.

Estábamos encantados el uno con el otro. De eso estaba seguro. Los dos disfrutábamos de nuestras miradas y de nuestros silencios. No había incomodidad cuando las palabras dejaban de fluir o uno de los dos tomaba un vaso para refrescar la garganta. Sabía que tenía que dar un paso más allá, pero ¿cuándo? Notaba, en sus sonrisas, que la chica quería algo más...

Al terminar nuestra consumición decidimos salir a la calle y recibir en la cara el viento gélido de diciembre; que su fría oscuridad eliminara el abotargamiento que el alcohol puede provocar. En la puerta de las Cuevas, ella se encadenó a mí con mayor fuerza, girando su cara hacia la mía, esperando un beso que yo no decidía a conceder.

El paseo por la calle del Príncipe, el jolgorio de los pubs de Huertas y la música atronadora que salía de ellos, se transformaron en elementos de un decorado cinematográfico que nos resultaba totalmente extraño, como si el director de la película nos hubiera colocado allí, personajes atrapados en una trama de la que no pueden esca-

par. Encadenados, ella buscando un calor que mi cuerpo le proporcionaba, caminamos juntos hasta la parada de Antón Martín.

En ese viaje suburbano, que no quería acabar, nuestras manos no se separaron un momento y noté que, en ese juego, yo iba perdiendo. Ella ganaba por su osadía. Evitamos el frío de la madrugada hasta que cerraron la estación, sentados en uno de los bancos que los viajeros utilizan para descansar.

Salimos a dar un paseo, cerca de su casa.

De pronto, ella se paró y me miró con fingida seriedad:
—¿Me vas a dar un beso?

FIN

QUERENCIAS

El suelo del local está lleno de confeti, serpentinas, lentejuelas caídas de vestidos baratos, corbatas desanudadas y ya olvidadas. Hay, incluso, algún gorro picudo, de los de cotillón barato, de los que se compran en los *chinos*, a deshora, cuando ya no queda tiempo. Todo este derroche de baratijas no tiene sentido, pues la fiesta se organizó para agasajar a un amigo que escribe, pero todo se ha desmadrado un poco. Como antaño.

Y como entonces, él está ahí, barriendo, detenido en el tiempo de mi mirada. Lucas se ha quitado la chaqueta, doblada sobre la barra donde hemos hablado tantas horas, recordando esa primera noche, en otra juerga totalmente distinta, de jovencuelos ansiosos por captar fondos para viajes sin destino, en un restaurante, hace ya tantos años.

Ya no hay música, ni conversaciones, ni amigos alcoholizados que nos hacen preguntas indiscretas, del tipo ¿cuándo os casáis? o frases lapidarias como *ya os vale... ¿estáis o no estáis?*

Es curioso; me fijo en él y le miro como aquel día. Ha pasado mucho tiempo. No era tan tarde (hoy se ha

alargado tanto la cosa que casi está amaneciendo), pero no he podido dejar de disfrutar de esos hombros en movimiento, de esa cadencia rítmica de sus caderas mientras la escoba acompaña esa danza a ras de suelo.

No lleva esa camiseta rosa que una mañana calentó mi cuerpo mientras él dormía. Me sentía cálida en ese olor desprendido por su prenda. Sentada en la cama, velé su sueño tras jadear juntos; vi cómo respiraba, mientras el vello de su pecho subía y bajaba; ese inmenso pectoral, no musculado, acogedor, en el que derramé mis besos y caricias.

Esta noche, Lucas lleva una camisa blanca que no desmerece esos hombros que siguen coronando la parte superior de su cuerpo. Ha engordado, pero sólo un poco. Aunque mantiene el mismo ritmo sexy de sus piernas, como si llevara el compás de una canción mientras limpia la suciedad del piso.

Ya no estamos juntos... bueno, tampoco eso es real. Nos vemos muchas veces, nos llamamos como esos viejos amigos que cada mes se preguntan cómo va la vida, después de haber vivido en común durante unos años. Quedamos a comer y hablamos de todo y de nada. En ocasiones, las llamadas son de pura urgencia, de preguntas que no tienen respuesta. Estas citas son una costumbre saludable, un peregrinaje a lugares comunes.

Hoy hemos quedado para acudir en compañía a la fiesta del amigo común y sé que nos iremos enlazados a su casa, donde haremos el amor y veremos cómo la tarde del invierno apaga la luz del día, pues dormi-

remos hasta las tantas. Las resacas y las fiestas cada noche pesan más.

Vuelvo a sus abrazos, a sus palabras, a sus sonrisas, a esos chistes malos que me hacen reír... Aún no sé por qué nos alejamos el uno del otro. Supongo que no decidimos dar el paso, avanzar enlazados el uno junto al otro por el camino de la vida.

Pero volvemos a los mismos refugios vitales de nuestros besos. Sentimos la idéntica querencia de refugiarnos en hogares ya visitados, en veredas ya transitadas, en bares ya conocidos.

Lucas levanta la cabeza. Sus ojos se cruzan con mi curiosidad evocadora del pasado y sonrían. Sabe que estoy pensando en él. Le devuelvo la sonrisa y reconozco que nunca he estado en unos brazos más amables que en los suyos.

Y, sin embargo, no somos pareja.

Ninguno de los dos buscó refugio en otra persona. Sí, hubo noviazgos de años, emparejamientos relativos con otras personas, siempre sin ataduras. Y pasados unos meses de monotonía, de aburrimiento vital, volvíamos a concertar encuentros furtivos que, en ocasiones, eran una excusa para acabar con otras relaciones que parcheaban el agujero que Lucas hacía en mí y que yo dejaba en él.

Esta noche el motivo ha sido diferente. Hemos celebrado el premio por una novela editada el último año y, poco a poco, nos hemos quedado solos. El local vacío ha visto coronar a este escritor que nos ha mandado a todos a la mierda y, al mismo tiempo, con una

evidente falta de concordancia vocal, nos ha jurado amor eterno.

Lucas ha decidido limpiar un poco el desbarajuste de la fiesta: el escenario del homenaje es propiedad de un compañero de trabajo (esa ha sido su disculpa para quedarse a barrer).

Me he quedado con él. Necesitaba volver a aquella escena, a nuestro primer contacto visual. A mi primera caricia en su cara. A su sonrisa tímida. A esa sensación de amistad y confianza que nunca he perdido.

Sus barridos rompen el silencio del suelo y el plástico de las bolsas que Lucas va recogiendo me llevan a ese baile iniciático de tiempo atrás. Lo demás pasó muy deprisa: los besos bajo el poste eléctrico, los abrazos templados en una fría noche de invierno, los primeros pasos enlazados de la mano, la ilusión de sus llamadas, la torpeza de su ropa, las caricias ásperas de su piel roma, pero que a mí siempre me han relajado.

Con delicadeza, con la misma delicadeza que no ha perdido en años, Lucas me coge de la cintura y aparta la mesa para cepillar bajo ella. Apoyo mi mano en su cara, y como entonces, pellizco su mejilla. Sonríe y me besa en la frente: conoce esa seña, la primera costumbre que marqué en su piel. Detiene su faena y me habla al oído: *¡Qué guapa estabas con tu transparente blusa!*

Me doy la vuelta y evito sus ojos... el whisky con coca cola me hace llorar. Y no lloro porque la pena me inunde, sino por el fluido continuo de recuerdos que no me dejan salir de aquella época.

—No tardes mucho.

Le digo, sin volver a mirarle, esperando que los dos salgamos por la puerta para reunirnos en la cama caliente que no debimos abandonar nunca.

Al salir, me fijo en el cartel que está encima de la puerta: es Miguel Hernández, el poeta, quien me mira y bajo su rostro un verso suelto que no conozco:

*Ay, el rincón de tu vientre;
el callejón de tu carne:
el callejón sin salida
donde agonice una tarde.*

Y pienso que, tal vez, sea el momento de cruzar ese umbral que da a la calle, junto a Lucas, cerrar la puerta y recorrer los pasos necesarios para llevar, definitivamente, mi cuerpo hacia el suyo.

FIN

